

RESEÑAS

SUSANA FRANCIS, *Habla y literatura popular en la antigua capital chiapaneca*. México, Instituto Nacional Indigenista, 1960; 123 pp. (*Biblioteca de folklore indígena*, 3).

El estudio del español hablado en México está aún por hacerse. Para que algún día se pueda emprender tan ardua tarea, será imprescindible contar previamente con toda una serie de monografías en que se estudien las modalidades lingüísticas de cada una de las regiones del país. Hasta el momento, las zonas ya investigadas —con mayor o menor fortuna— son muy escasas: Yucatán, por obra de Víctor M. Suárez; Guanajuato, gracias a P. Boyd-Bowman; Tabasco, por R. M. Gutiérrez Eskildsen; la ciudad de México y sus alrededores. . . Muy poca cosa, dada la extensión territorial del país. Por tal motivo, es lógico que todo estudio que sobre el español de México se publique, sea recibido con entusiasmo e interés. Lo triste es que la mayoría de esas investigaciones, una vez leídas, nos decepcionan completamente. Tal es, por desgracia, el caso del libro que ahora nos ocupa.

Presentado hace cuatro años en la Facultad de Filosofía y Letras como tesis de maestría —con el título de *El español hablado en la antigua capital chiapaneca*—, se publica ahora, casi sin correcciones ni adiciones, como si de obra completa y perfecta se tratara. De los ocho capítulos que lo integran, los cuatro primeros sirven de introducción histórica, geográfica y folklórica. En ellos se nos declara cuál es la situación económica de San Cristóbal, cuáles son los sustratos étnicos del español allí hablado [a los chiapas hay que añadir los inmigrantes aztecas y tlaxcaltecas que acompañaban a los conquistadores españoles y los elementos de raza quiché que posteriormente se establecieron en la localidad]; se nos explica asimismo en esos cuatro primeros capítulos que, debido a la escasez de vías de comunicación, el habla de la zona es muy arcaizante y conservadora, y se nos recuerda que pertenece lingüísticamente a la modalidad centroamericana del español, ya que el territorio de Chiapas dependía, durante la época colonial, de la Capitanía General de Guatemala.¹ Siguen luego los capítulos de investigación lingüística, que abarcan la fonética, la morfología, la sintaxis y el léxico del dia-

¹ El capítulo más amplio de todo el libro es el cuarto, "Leyendas, tradiciones y supersticiones" (20 pp.) En él reúne la autora poco más de una docena de leyendas y consejos populares. Si bien las transcripciones fonéticas son difíciles de hacer en estos casos —entre otras cosas, por las limitaciones tipográfi-

lecto. Y estos cuatro últimos capítulos fundamentales son los que —es nuestra obligación decirlo— nos decepcionan profundamente. Veamos por qué:

Todo el estudio está hecho en forma superficial, sin que su autora trate nunca de profundizar en el análisis de los fenómenos que registra. Por lo común, se limita a dar noticia de los rasgos más evidentes del dialecto, sin documentarlos ni mucho menos emparentarlos con los equivalentes de otras zonas dialectales, americanas o españolas. Y, lo que es aún más grave, el libro da la impresión de que en él no se recogen *todas* las peculiaridades del habla chiapaneca. Concretaré mis reparos, señalando puntualmente algunas de las informaciones que me parecen incompletas, imprecisas o equivocadas. Empecemos por el dominio de la fonética:

En la página 72, se nos dice que la *rr* (vibrante múltiple) “tiene un sonido asibilado cuya fricción propende a la sordez”. Es todo; ni siquiera se especifica si el cambio es general o condicionado [como cabe suponerse]; y, en este caso, habría que precisar en qué posición se produce el fenómeno. Porque el *único* ejemplo que se proporciona —sobre ser de palabra en que aparece *r* (vibrante simple) no *rr*— presenta el sonido en posición final de sílaba: “*cashne* por *carne*” (advértase la impropiedad de la transcripción: *sh* = *ʃ* normalmente). Casi las mismas objeciones podrían hacerse a las noticias que nos ofrece la autora sobre la pronunciación del grupo *tr* (también en la p. 72), del que apenas dice que es “un sonido característico que se oye algo así como *chrigo* por *trigo*”.²

En la misma página, se nos dice que existe el sonido *tz*, pero la única explicación que de él se nos da es la siguiente: “Fonema indígena que existe en infinidad de palabras ya asimiladas al castellano local. . . Cuando es inicial se convierte a veces en *ch*.” Ahora bien, ¿cómo se articula ese fonema? ¿Es africado? ¿Alveolar, dental o pala-

cas de las imprentas—, la autora debería haber respetado al menos el habla de sus informantes, transmitiéndonos las narraciones tal como ella las escuchó. Sus versiones, corregidas, “literarizadas o academizadas”, sólo sirven para que conozcamos el mundo fantástico o mítico de los habitantes de San Cristóbal, pero no su lengua, su habla.

² La autora podría haber evitado estas graves deficiencias si hubiese consultado los estudios en que se analizan con rigor las variantes de *r* en México; al menos, debió tener en cuenta el capital estudio de AMADO ALONSO, “La pronunciación de *rr* y de *tr* en España y América”, de fácil consulta en su libro *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos, 1953, pp. 151-195; o siquiera la breve nota de B. MALMBERG sobre “Le *r* final en espagnol mexicain”, publicada en los *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, III (1952), pp. 131-134.

tal? ¿Sordo o sonoro? En resumen, que quedamos sin saber cómo es tan interesante fonema y no podemos decidir si será —como sospechamos— el comunísimo alveolar africado sordo /s̺/.

Quizá sea todavía más grave incluir entre los *cambios de consonantes*, como verdadero cambio, el de “g por y”, aduciendo el siguiente único ejemplo: “*Haiga* por *haya*”.

Sin salirnos aún de la p. 72, hallamos otra noticia interesantísima: la del cambio de *j* por *f*. Así, sin más ni más. Veamos: ¿por qué no nos dice la autora en qué casos, en qué condiciones se produce la *aspiración* [no velarización] de la *f*? ¿Será un fenómeno universal en el español chiapaneco? ¿Será posible oír en San Cristóbal formas como “*cajé*”, “*ojicina*” o “*aljabeto*”? Y por supuesto que, para explicar el fenómeno de la aspiración de la *f*- inicial, de tan recia raigambre hispánica, no es necesario acudir al sustrato indígena, como parece inclinarse a hacer la autora.

Tampoco la pérdida de la *-ll-* intervocálica queda satisfactoriamente explicada; tampoco se nos declara en qué condiciones ocurre. Tampoco, en este caso, parece conocer la señorita Francis el fundamental estudio de AMADO ALONSO sobre “*La ll y sus alteraciones en España y América*”, incluido en el libro citado en la nota 2 (pp. 196-262).³

En la página 74, proporciona la autora algunos ejemplos de *simplificación de diptongo*; entre ellos, los dos siguientes: “*yerve* por *hierve*; *yelo* por *hielo*”. La noticia es tan ingenua, que no merece comentario.

También me parece muy improbable que la autora pudiese encontrar una explicación satisfactoria *fonéticamente* para la “pérdida de *t* intervocálica” (p. 76) en el sufijo diminutivo; en cambio, la forma *chiquitío* se explica fácilmente por pérdida de *-ll-* tras vocal palatal (fenómeno común en gran parte del territorio hispanohablante), si se parte de *chiquitillo*.

¿Y qué decir de esa fantástica asimilación de una *a* a la semi-vocal /j/ que la autora supone para “*cadiquien* por *cada* *quién*”?

Pasemos al capítulo siguiente: *Morfología*. También hallamos en él algunas observaciones discutibles. Nos extraña, por ejemplo,

³ Muchas de las deficiencias de esta investigación habrían podido evitarse si la autora hubiese manejado una bibliografía más amplia y, sobre todo, más selecta. Además de los estudios de A. Alonso ya mencionados, y de otros suyos de igual importancia, debería haber tenido en cuenta los trabajos principales ya publicados sobre la dialectología hispanoamericana y española. En el terreno léxico, se echa de menos la consulta del fundamental *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de JUAN COROMINAS, obra que —inexplicablemente— parece ser poco conocida en nuestro medio.

que se afirme que el sufijo diminutivo *-ito* se usa muy poco en San Cristóbal (p. 83); y nos extraña porque en las mismas páginas del libro encontramos abundantes ejemplos de diminutivos en *-ito*: entre los nombres propios, *casi todos* aparecen con tal sufijo: *Marillita*, *Elillitas*; *todos* los adverbios que admiten forma diminutiva se construyen con el mismo sufijo: *detrasito*, *tempranito*, *despacito* (p. 86); y, referido a sustantivos o adjetivos, lo hallamos en muchos lugares del libro: *hijito*, *hijita* (p. 85); *pilita* (“en San Cristóbal sólo hay *pilitas*”, p. 84); *lugarcito* y *sobrinita* (en un diálogo transcrito en la p. 95); *hambrita* (p. 97); *viejita* (en otro diálogo de la p. 97); etc., etc.

No deben confundirse, por otro lado, los *hipocorísticos* (*Chús* por Jesús; *Mencha* por Juvencia, etc.) con los *diminutivos*, como sucede a la señorita Francis en la p. 83; ni puede afirmarse que, en el siglo xv, “el verbo en segunda persona del plural fue cambiado, así *vayaes* se convirtió en *vayades*” (p. 88), cuando en realidad el proceso fue exactamente todo lo contrario (lat. *-atis* > esp. med. *-ades* > esp. clás. *-aes*, *-ais*), como todo estudiante que haya seguido un curso de Gramática Histórica debe saber.

Por último, un único, pero fundamental reparo al capítulo sobre la *Sintaxis*: Si —como la señorita Francis advierte— “la sintaxis del habla de San Cristóbal de las Casas varía bastante del [sic] español general”, un investigador serio debe tomarse el trabajo de estudiar, clasificar y analizar esas variaciones sintácticas; lo que no puede, de ninguna manera, es limitarse a transcribir, sin orden ni concierto, algunas frases características del habla chiapaneca, para dejar que cada lector se tome el trabajo de ordenar, clasificar y explicarse a sí mismo los fenómenos sintácticos que vaya descubriendo a través de esas transcripciones. Y eso es lo que la autora hace, convencida al parecer de que es el mejor método de investigación: “La sintaxis del habla de San Cristóbal varía bastante del español general, pero esto puede, *sin lugar a dudas*, observarse *mejor* a través de ejemplos tomados del lenguaje oral. A continuación transcribió algunas frases escuchadas entre los grupos más representativos del habla local” [siguen tres páginas, 96-98, de “frases representativas”]. Siento no opinar como la autora; yo *dudo* mucho de que ése sea el *mejor* método de investigación sintáctica; *dudo*, inclusive, de que se pueda considerar siquiera como método válido.

Terminemos estos comentarios con unas palabras sobre el *Vocabulario*. En general, es también un poco incompleto y pobre en datos e informaciones. En él se da cabida a simples variantes fonéticas o morfológicas ya estudiadas en los capítulos anteriores, con lo cual se repiten innecesariamente los datos. Superfluas —por sabi-

das— me parecen las observaciones etimológicas que en él se hacen, cuando no por equivocadas o caprichosas.⁴

Tras lo dicho, quizá parezca insincero o paradójico el agradecimiento que me permito expresar desde aquí a la señorita Francis; y, sin embargo, no lo es. Con su librito, ella nos ha descubierto —si quiera sea veladamente— y nos ha comprobado la existencia de un riquísimo filón lingüístico que, antes de su investigación, sólo imaginábamos. El Estado de Chiapas debe ser el paraíso del dialectólogo mexicano; este territorio, aislado en gran medida del resto del país, arcaizante y conservador, con un variado adstrato indígena todavía vigoroso, presenta peculiaridades gramaticales interesantísimas, que no se han visto afectadas sustancialmente aún por la acción niveladora de la lengua culta, del habla de la capital mexicana. Además, ella ha trabajado con entusiasmo e interés;⁵ nos ha abierto una brecha muy necesaria en el largo camino que falta por recorrer. Consciente de todos estos méritos, imaginando los afanes y desvelos de la autora, me entristece haber tenido que señalar los defectos de su estudio. Mas es obligación que debe imponerse todo aquel que se proponga hacer el comentario de un libro. Actitud, en mi opinión, mucho más leal que la de quien prefiere el camino fácil del ditirambo huero o la falsa palabrería.

JUAN M. LOPE BLANCH

AMANCIO BOLAÑO E ISLA, *Estudios literarios*. México, Editorial Porrúa, 1960; 203 pp.

Múltiples y enjundiosos temas son los desarrollados en este volumen por el maestro Bolaño e Isla, justamente titulados *Estudios*

⁴ No alcanzo a comprender qué camino podría seguirse para llegar a *coletto* ('nombre que se da a los sancristobalenses y en general a las cosas originarias de allí') si se partiera del latín *corpus*, *-oris*. Las leyes fonéticas, aunque no sean absolutas, tienen siempre alguna vigencia, que nos obliga a rechazar esa etimología.—Innecesario resulta explicar que *recado* procede del castellano antiguo *recabdo* [tan innecesario como aclarar ahora que éste, a su vez, se deriva del verbo *recabdar*, mod. *recaudar*, derivado por su parte del lat. *recapitare*].—No debe sorprendernos que *camotío* sea forma "no registrada" en los diccionarios consultados por la señorita Francis; sí nos sorprendería que no hubiese encontrado en alguno de ellos la forma *camote*, de la cual se deriva como simple diminutivo.

⁵ Quizá muchos de los defectos del libro, si no todos, se deban a la falta de dirección y orientación adecuada. Da la impresión de que la señorita Francis ha tenido que trabajar sola, abandonada a su propia iniciativa. Esto —si inconveniente para los resultados del estudio— dice mucho, por otra parte, en favor del entusiasmo y dedicación de la investigadora.